

Clausura de las XXXV Jornadas nacionales de hermandades y cofradías

Medina del Campo, 22 de septiembre de 2024

Aunque sea al final del encuentro, deseo, como Director de la Comisión para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado, dentro de la cual está el departamento o área de Piedad Popular, Hermandades y Cofradías, Santuarios y Peregrinaciones, saludaros a todos y ponerme a vuestro servicio. Estoy convencido que es preciso que trabajemos juntos y en la misma dirección para hacer fecundar la vida de todas las Cofradías de España. Me pongo a vuestra disposición para todo lo que necesitéis. Os saludo en nombre del Presidente de la Comisión y obispo de Asidonia – Jerez, Don José Rico Pavés, lo mismo que del obispo responsable del departamento Don Mikel Garciandía, obispo de Palencia.

Llega a su fin este XXXV encuentro Nacional de Cofradías y nos corresponde ahora clausurarlo.

Durante su recorrido se ha repasado la labor de estos años y se ha querido dar un nuevo empuje a un proyecto para el futuro. Fue en Villagarcía de Campos, en su histórica Colegiata, con la hospitalidad de los PP. Jesuitas, donde comenzó la andadura de estos encuentros. Habéis tenido un acto de homenaje a los fundadores y un recuerdo a los participantes difuntos en estos 35 años. En este encuentro habéis pasado revista al presente y al futuro, dejando que la autorizada voz de D. Luis Argüello ilumine la identidad y el trabajo de “cofrades y cofradías en la Iglesia del siglo XXI”. Posteriormente en unas interesantes mesas redondas, que han sido quizá de lo mejor del encuentro, se ha intentando acertar en el cómo debe ser la acción de las Hermandades, y de los propios encuentros, en áreas tan variadas como son la toma de postura ante la crisis actual, el diálogo entre cofrades jóvenes y mayores, cómo plantear la comunicación, o el papel de las cofradías como comunidades en la Iglesia, etc.

Estos 35 años han supuesto un largo recorrido en el que mucho ha cambiado: la realidad de las cofradías, la sociedad y la Iglesia. En aquellos años en España, que hacía poco había estrenado el presente periodo democrático, se superaban los restos del nacional catolicismo, pero también los resquemores de la reacción contra toda manifestación de fe

en la calle, y los ecos de un post Concilio mal entendido, que para algunos fue equivalente a la desaparición de las tradiciones y devociones populares. Por el contrario, comenzaba un auge de la piedad popular, en todos sus aspectos, al amparo de nuevos marcos regulatorios: en 1983 nace el nuevo Código de Derecho Canónico y se estrenan las autonomías. A nivel nacional, unos acuerdos Iglesia Estado, firmados pocos años antes, aseguraban la independencia de ambas esferas, pero una valoración positiva del hecho religioso, que podía ahora contar con ayudas y reconocimientos.

De esto han pasado ya 35 años. Por una parte, el modelo parece consolidado, por otra, la vida interna de toda la piedad popular ha cambiado muchísimo. Nuestra sociedad está secularizada, muchos viven sin tener en cuenta a Dios o viven indiferente ante Él. El hombre de hoy busca, pero no encuentra. Dios ha desaparecido de su horizonte y se ha quedado él solo. Ya San Pablo VI denunciaba el secularismo de la sociedad, como un deseo de “vaciar los proyectos humanos de cualquier búsqueda de Dios”, y San Juan Pablo II usó el término “apostasía silenciosa”. Benedicto XVI habla de “indiferencia religiosa” y de analfabetismo religioso. El Papa Francisco utiliza el término, “prescindencia”, Dios es un concepto del que se puede prescindir perfectamente, es la extensión de un ateísmo no militante sino práctico, un modo de vivir e intentar ser feliz como si Dios no existiera.

En este ambiente secularizado de manera sorprendente las cofradías viven un momento de esplendor como nunca han conocido. Tras la pandemia hemos experimentado uno de sus mayores impulsos. Muestra de esto es el crecimiento del número de hermanos que participan, lo mismo que las celebraciones extraordinarias, procesiones magnas, coronaciones y otros actos singulares. Dato que no deja indiferente a la Iglesia. Este hecho nos abre a interrogantes, a la vez que nos invita a trabajar para que las cofradías sean espacios evangelizadores que permitan a los hombres de nuestro tiempo un sencillo y auténtico encuentro con el Señor y les anime a vivir su fe con autenticidad en el seno de la comunidad eclesial.

La Piedad Popular tiene que ser la fe que se hace cultura en un pueblo, en una sociedad concreta. El papa Francisco en *Evangelii Gaudium* nos enseña que

“La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que ésta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano «es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece»... Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes... Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de manera siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo» [98]. Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal” (*Evangelii Gaudium* 122).

La fe precisa entrar en diálogo con cada cultura, sin inculturación no hay evangelización, como nos enseña el magisterio de los últimos papas, desde Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* a Juan Pablo II en *Redemptoris Missio*, Benedicto XVI o Francisco cuando habla de los muchos rostros del pueblo de Dios.

Ahora bien, podríamos preguntarnos, ¿qué es cultura? Ciertamente no estamos hablando solo de las producciones culturales, el arte, la música, la literatura lo jurídico o filosóficos. Tampoco podemos referirnos sólo a la visión antropológica o etnográfica. La cultura se entiende como un sistema integrado de creencias, valores, costumbres e instituciones que dan identidad, seguridad y continuidad a una sociedad. Ciertamente es un concepto conflictivo hoy, en un momento histórico en que el concepto de tradición parece enfrentarse con la posibilidad de emancipación de los hombres, para que puedan vivir su propia andadura vital. Y, sin embargo, esto no es más que una expresión de la cultura dominante, probablemente más globalizada que nunca, y que nos condiciona a todos.

La fe tiene que dialogar con todas las culturas, también y principalmente con la cultura emergente. Nuestras hermandades dialogan con la cultura, y lo hacen, no sin titubeos y alguna contradicción. Pero eso es inevitable. La

Piedad Popular se relaciona con la cultura tradicional de los pueblos, y lo vemos en aspectos tan variados como el calendario festivo, el ciclo de la Navidad y la Semana Santa, las tradiciones ligadas al ciclo vital: nacimiento, matrimonio, entierros, bendición de los campos o de los vehículos... Pero también se relaciona con este mundo postmoderno en que, por ejemplo, hay tantas dificultades para establecer un vínculo realmente definitivo (una sociedad líquida), como el que requiere la unión matrimonial o el sacerdocio, o se quiere invisibilizar la muerte -y con ella la pastoral de la agonía y de los enfermos.

Porque al final todos estamos inmersos en nuestra cultura, cultura que es la que tienen quienes participan en los actos de piedad popular. Hacia ellos tenemos la oportunidad de evangelizarlos con el fin de inculturar el Evangelio de Jesucristo. Por ejemplo, las cofradías están ofreciendo de hecho vínculos de pertenencia y de relación que van más allá de lo geográfico: se sienten parte de la tradición cofrade de Medina del Campo aunque son hijos o nietos de quienes emigraron fuera de la región o viven ahora en Amsterdam. Frente al vacío y la búsqueda espiritual, la religiosidad popular ofrece oportunidades ciertas (aunque puedan ser insuficientes) de encuentro con Dios; frente a la sociedad de lo virtual, el ejercicio físico de tener que cargar con un paso o ir necesariamente andando a Compostela; frente al inmediatismo en la información intrascendente, la importancia de la cultura narrativa que permanece, y en la que siempre se ha transmitido la fe.

Y es ahí donde la Religiosidad Popular y, en concreto, las cofradías tienen que saber hablar los dos lenguajes de la cultura. El tradicional, que nos presta ritualidad, referencias, sentido, plástica, emotividad, atractivo social. Y el contemporáneo que nos da capacidad de hablar al corazón del hombre de hoy, ofreciéndole un horizonte y un sentido.

Desde aquí y, para poder realizar positivamente esta tarea, proponemos tres claves para el tiempo presente, basadas en el magisterio del Papa Francisco.

1 – Los cofrades somos discípulos misioneros. “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero, cada uno de los bautizados es un agente evangelizador”. (EG

120). Lo que decimos no es algo que debe ser significativo para algunos, no, es una misión de todos que hay que descubrir para vivir con alegría. La cofradía debe estar al servicio de la evangelización de sus cofrades y de aquellos que se acercan a la piedad popular.

Ser discípulos misioneros. En primer lugar, somos discípulos. “¿Vosotros quién decís que soy yo?, pregunta Jesús a los doce. Cada cristiano tiene que tener claro quien es Jesús para él. El discípulo de Cristo en la vivencia de su fe va descubriendo al Señor, va enamorándose de él, de su persona, de su presencia, de la acción de su Espíritu en su interior y decide seguirle, amarle e imitarle en su vivir cotidiano. Vive esta tarea en su día a día donde camina con Jesús, experimenta sus debilidades y descubre la fuerza de la gracia que el Señor le regala.

En segundo lugar, decimos que somos misioneros. Quien ha experimentado el amor de Cristo y se sabe salvado por Él, no lo puede callar y lo anuncia sin miedos ni complejos a aquellos con los que entra en contacto, con los que vive. Lo hace con la palabra y el testimonio de su existencia que debe hablar de la presencia del Señor en su corazón. Como Felipe dirá: “Hemos encontrado al Mesías, ven y lo verás”. Esta dimensión misionera, insisto, no es para especialistas, es deber y tarea de cada cristiano, de cada cofrade que procura vivir con coherencia su propia fe.

Por su parte, la cofradía tiene la misión de ayudar a ser discípulos misioneros a cada uno de sus cofrades. Pero, ¿cómo? Pues ayudando al encuentro con Cristo en medio de los actos públicos de la fe, en el ejercicio de la caridad, en la evangelización que constantemente tiene que organizar para el alimento de la fe. Hoy se acercan muchos que están alejados de la fe buscando luz para su vida y ungüento para sanar sus heridas. Ellos han de recibir el primer anuncio y un acompañamiento espiritual que les permita el encuentro con el Señor y consolidar su fe, ser discípulos y misioneros. La cofradía ha de ser un espacio para la convivencia en fraternidad, para celebrar la vida, para no dejar solo ni abandonar aquel o aquella que milita en sus filas. Otros habrán de decir “Mirad como se aman” “Mirad como atienden a los pobres” “Mirad como son puentes para el encuentro con Jesucristo”, “Mirad como hacen cultura”.

2- Las cofradías han de ser Iglesias abiertas que miran hacia las periferias. Tampoco se trata de un hecho novedoso, los cofrades simplemente deben mirar su tradición para descubrir cómo sus antepasados, miembros de la misma institución que ha permanecido en el tiempo, se tomaron la “molestia” de salir a diversas periferias existenciales. Y no con grandes medios o conocimientos. Los hospitales de las hermandades de la edad moderna eran poco más que refugios donde se daba alojamiento a algún peregrino o transeúnte, y a enfermos que lo necesitaban, allí los hermanos, sabedores de su labor, se turnaban para cuidarlos. Lo mismo pasaba cuando un cofrade caía en enfermedad, o cuando se obligaban a atender a un preso enfermo o a un moribundo. Lo importante no era la capacitación técnica sino la disposición, y la capacidad de ver en el enfermo al propio Cristo que nos dijo “lo que hicisteis a uno de estos a mí me lo hicisteis”.

Hoy las periferias son muchas y más complejas, y la forma de acercarse a ellas también es más dificultosa, pero el espíritu tiene que seguir siendo el mismo, el que nace de la fe y del compromiso de la caridad. Atendiendo a los pobres nos debemos dejar evangelizar por ellos y descubrir que son la riqueza de la Iglesia. Un cofrade tiene que ser un cristiano muy comprometido con los pobres, los enfermos, los que sufren por cualquier causa. Hacia ellos ha de ir y compartir la vida como hizo Cristo, ese Cristo que procesiona y con el que comparte sus sentimientos más profundos.

3 – El cofrade ha de ser un cristiano que vive en sinodalidad, es decir, que camina junto a toda la Iglesia en comunión y corresponsabilidad. Siempre evitando el protagonismo personal y el trabajo en solitario. Juntos avanzamos en el camino eclesial. Este debe ser el estilo y el espíritu.

Sigamos viviendo bajo las indicaciones del Espíritu. Entendamos que nuestro ser cofrades es un don para la Iglesia y procuremos que nuestras cofradías sean espacios de fraternidad para anunciar a Jesucristo como discípulos misioneros.

Muchas gracias.

Francisco Julián Romero Galván

Director de la Comisión para la Evangelización, Catequesis y
Catecumenado de la CEE

(Departamento o Área de Piedad Popular, Hermandades y Cofradías,
Santuarios y Peregrinaciones)